

AfterHero

El teléfono sonó temprano, pero a Elías no le sorprendió. Respondió sin parar a pensar mucho en lo que decía la voz ronca al otro lado de la línea y colgó. Salió de la cama, pasando el brazo por el trozo de colchón vacío que había a su lado, y se vistió con lo primero que sacó del armario. Había dejado de preocuparse de si la ropa combinaba en el momento en el que ella había dejado de estar allí para decírselo.

Elías era arquitecto, aunque su trabajo no podía considerarse normal. Era un trabajo que hasta hace escasos años nadie se había imaginado que podía existir. Se dedicaba a reconstruir los edificios que quedaban dañados tras el paso de superhéroes y villanos. Puede que estos héroes salvaran miles de vidas cada vez que actuaban, pero tendían a arrasar con todo lo que se interponía en su camino. Con las nuevas leyes que obligaban a los grupos de superhéroes a hacerse económicamente responsables de los gastos, muchas empresas de construcción habían evolucionado de campo para sacar tajada de todo aquello. La empresa para la que Elías trabajaba, AfterHero, es una de ellas.

De pequeño, siempre le habían gustado los cómics de superhéroes, claro que eso fue antes de que se convirtieran en una realidad. Nadie esperaba que un huracán a nivel global mezclado con un escape de gas de una empresa de químicos del sudeste asiático fuera a dar superpoderes a la gente.

Ahora Elías no se había molestado ni en preguntar quiénes habían sido los que había destruido la mitad del Museo de Zaragoza. Había memorizado cada arco y escultura que decoraba sus paredes, y muchas veces había soñado con haber sido el genio que lo había construido, pero nunca había imaginado que ese día podría llegar.

El perímetro ya había sido acordonado y la mayor parte de los escombros estaban siendo recogidos. Isa, la restauradora de arte, rescataba algunos lienzos de entre pilas de ladrillo. Al frente le esperaba Murdock, el representante legal de Heroes United (una de las mayores corporaciones de héroes a nivel global). El huracán le había dado la capacidad de hablar todos los idiomas conocidos al hombre, lo que le hacía un prefecto notario. Se acercó a él y le estrechó la mano, mientras Murdock le entregaba los papeles ya firmados.

- Sabes, aún nos hace falta un Electro como tú. – le dijo a Elías.
- Eso ya son tiempos pasados para mí, pensaba que entendías por qué lo había dejado. – contestó, llevándose inconscientemente la mano al colgante de estrella que ella siempre llevaba al cuello, y que él había transformado en una pulsera.
- Han pasado tres años, en algún momento tendrás que perdonarte. – replicó Murdock.
- Ya, bueno, hoy no. -Elías sonrió, dándole a entender que era hora de que se fuera.

Nunca hablaba con nadie de su época como superhéroe. El huracán lo había vuelto inmune a la electricidad y le había dado la capacidad de controlarla. Un superpoder muy escaso y que había hecho que prácticamente todas las agencias se pelearan por él.

Durante sus años de adolescente había viajado por todas las grandes ciudades parando amenazas: Londres, Tokio, París. A ella la había conocido en Nueva York, y durante cuatro años le hizo el joven más feliz del mundo. Una felicidad que se había acabado por un error suyo. Elías había salvado cientos de vidas, pero no la había podido salvar a ella. La única vida que en verdad le importaba. El techo se desmoronaba tan rápido y él estaba tan herido. No podía controlar sus poderes, nunca fue su intención electrocutarla, él solo quería ver si estaba bien.

Después de eso se había retirado, atormentado por la tristeza y la culpa. Había retomado una pasión perdida y ahora, a sus veintinueve años, había encontrado otra forma de ayudar. Eso no significaba que todos los meses no le llegaran nuevas ofertas de trabajo en los lugares más variopintos.

Tomó una Tablet electrónica y comenzó a esbozar un primer boceto del edificio que debía reconstruir. Cada trazo que dibujaba sobre la pantalla se iba formando también ante sus ojos, creando un holograma de lo que volvería a ser. Su parte favorita siempre había sido el patio, y por ello pudo dibujar todos los detalles de todos sus arcos y columnas sin consultar ninguna fuente externa.

Iba a consultar unas imágenes cuando escuchó un grito de auxilio. Su instinto se activó y su oído se agudizó, indicándole que la voz provenía de una de las casas cercanas al museo, que también había sufrido daños graves.

Sin pensarlo dos veces salió corriendo y trepó por encima de los escombros. Con sus manos desnudas, comenzó a levantar pedazos de hormigón, hasta que la cara de una niña apareció entre ellos. Detectó el cable que chispeaba al lado de su cuello lo suficientemente rápido como para agarrarlo y hacer de puente entre esa energía y el suelo, evitando que la tocara.

Al desenterrarla, se dio cuenta. Se dio cuenta de que eso era lo que ella hubiera querido que hiciera. Que hiciera que nadie tuviera que pasar por lo que él había pasado. Evitar ese dolor, esa furia.

Tras asegurarse de que la niña estaba bien y dejarla con los otros trabajadores de AfterHero, corrió a su moto y condujo hasta el hotel en el que Murdock siempre se alojaba. Subió las escaleras a pie, demasiado impaciente como para esperar al ascensor. Llamó a la puerta más de lo necesario y Murdock la abrió agresivamente.

- He cambiado de opinión. Hoy sí que es el día.
- Ser un héroe se lleva en las venas, nunca se puede dejar atrás – contestó Murdock, mientras le daba una palmada amistosa en la espalda. - ¿Cuándo empiezas de nuevo?
- Digamos que tengo que terminar unos asuntos pendientes, – contestó Elías, refiriéndose a la reconstrucción del Museo – pero en cuanto los termine, estoy listo. Es lo que ella habría querido. – una vez más, se llevó la mano a la pulsera, pero esta vez no como un gesto de pena, sino de fuerza.